

LA MIRADA

La cicatriz de Kafka

ELIA BARCELÓ

Mi relación con Franz Kafka data de antiguo: lo descubrí muy joven a través de mi amor por la literatura fantástica que me llevó a leer 'La transformación'. En aquella época se llamaba 'La metamorfosis' y me pareció extraña y muy interesante. Ya en la universidad empezó mi relación difícil con Kafka. Leí 'El castillo', luego 'El proceso' y decidí que nunca más lo leería porque es uno de los autores que más angustia me han producido en toda mi vida lectora, solo comparable al 'Auto de fe' de Elias Canetti. Ni siquiera '1984', de George Orwell, que es una novela desgarradora y terrible que releo con frecuencia, me ha hecho nunca tanto daño como las dos novelas de Kafka.

Es de suponer que yo era demasiado joven a los dieciocho o diecinueve años, pero el problema no estaba en la dificultad de la lengua ni de los conceptos. Lo angustioso era la sensación que me producía de que, siendo literatura no realista, era tan real, tan desesperanzador, tan angustioso lo que pasaba en aquellas historias con sus protagonistas sin nombre, sin posibilidad de alcanzar la justicia, la comprensión del mundo, la solidaridad de otro ser humano. Era, y ya sé que no digo nada nuevo, como estar atrapada en una pesadilla de la que no puedes despertar. Nunca.

No he vuelto a leer a Kafka aunque, por páginas sueltas, ahora que el alemán es mi segunda lengua, soy consciente de que, literariamente, es uno de los grandes. Hoy ya tendría la edad de leerlo y comprenderlo, pero ahora ya sé cuál es su visión del mundo y no quiero volver a sumergirme en el pozo negro de sus historias sin final. No soy de las que piensan que lo trágico es necesariamente superior a lo amable. Vivo en el mismo país al que él perteneció —el Imperio Austro-Húngaro— y, aunque las cosas y hasta los nombres hayan cambiado tanto, conozco la mentalidad de la que surgió su imaginario. Comprendo que el gran momento de Kafka fuera justo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando todo el planeta estaba tratando de entender y digerir el horror de lo que había sucedido en el mundo, pero creo que hoy, ahora, infundir esperanza en las personas y no darle la espalda a la luz es casi un deber ciudadano y lector. Kafka me dejó cicatriz. No pienso reabrir la herida.



Cuando nace Franz Kafka, el alemán hace ya un par de décadas que ha dejado de ser mayoritario en Praga. La capital de Bohemia es entonces el epicentro de la pujante cultura checa; al obtener la independencia en 1918, Checoslovaquia pasa a ser un estado plurinacional en que los alemanes étnicos siguen constituyendo el 23% de la población. En su familia se habla básicamente alemán, y se usa el checo con el personal de servicio y los clientes. En esencia Kafka era bilingüe, aunque se expresaba con mayor fluidez y riqueza de matices en alemán (los testimonios de la época le atribuyen también un ligero acento cuando hablaba checo). Su alemán escrito se consideró durante mucho tiempo un ejemplo de pulcritud, pero ello se debió al celo corrector de Max Brod: los manuscritos delatan huellas dialectales propias del habla de Praga, una variante bávara pasada por un tamiz austriaco (lo que en Múnich dio lugar a titulares como 'Kafka hablaba bávaro'). Lo interesante sería preguntarse en qué medida su estilo preciso y sobrio respondió a un creciente desarraigo, tanto identitario como lingüístico.

Los entornos diglósicos suelen

Escribir en otro idioma

Del checo al alemán. Cabe preguntarse en qué medida el estilo preciso y sobrio de Kafka respondió a un creciente desarraigo identitario y lingüístico

IBON ZUBIAUR



resultar fecundos para la literatura, y ponen de manifiesto que la elección de lengua no la dicta solo la solvencia. Hoy se habla mucho de multiculturalismo, pero en realidad las migraciones no

hacen sino devolver a Europa algo de la pluralidad que arrasaron las Guerras Mundiales y las limpiezas étnicas. Antes había menos margen para las identidades monolíticas: los continuos cambios de

idioma las volvían más flexibles. En lo literario, permitían saltar de una tradición a otra. El gran novelista Sándor Márai escribió en alemán antes de pasarse al húngaro. Fue uno de los primeros traductores de Kafka, que se quejaba de ello en carta a su editor Kurt Wolff y le emplazaba a reservar ese derecho a un conocido suyo. Imre Kertész citaba malévolo la anécdota y la hallaba propiamente kálfica: «Para que se entienda: es como si yo, al enterarme de que Thomas Mann acaba de traducir uno de mis libros, le comunicara a mi editor que confío más en mi médico de cabecera, que chapurrea un poco el alemán».

Salvo por las lenguas hoy cooficiales, la literatura española ha registrado pocos cambios de idioma. El caso de José María Blanco White es significativo: Gil de Biedma se preguntaba cómo es que escribió un soneto antológico en inglés y en cambio no dejó nada equivalente en castellano. Se respondía que hacia 1825 la lírica inglesa era mucho más moderna que la española; insertándose en esa tradición, pudo hacer más. Formado en inglés, en cambio, Fernando Pessoa prefirió refundar la poesía portuguesa. Vladimir Nabokov, que había estudia-